

ABANICO CHINO

Alrededor de 1840-1860

Papel pintado a mano, marfil y tela. Filigrana de plata y esmaltes

29 cm. cerrado y 55 cm. abierto

Nº Inv.: 3.974

La palabra abanico viene del vocablo latino *vannus*, instrumento que se empleaba para aventar el grano y también para avivar el fuego. Su finalidad era mover el aire.

Aunque no se puede precisar temporal ni espacialmente su origen, es muy conocido su uso desde tiempos remotos en las diversas civilizaciones. En Egipto, Grecia, Roma, Irán, China y Japón se utilizaron diversos tipos de abanicos con un fin utilitario o ceremonial, marcando un *status* de poder.

En el siglo XVI navegantes portugueses procedentes de Oriente introducen en Europa el uso del abanico plegado, invención japonesa del siglo VII, expandiéndose en poco tiempo la utilización del mismo desde Italia y España a Francia y otros países europeos.

En el siglo XVII se fue consolidando una industria especializada y ya en el XVIII se popularizó completamente. En un principio era un objeto caro y raro del que solamente podían disfrutar las damas de alto linaje, luego pasará a las restantes capas sociales. Su variedad, tanto en los de lujo como en los populares alcanzará cotas insospechadas. Había abanicos de señora, señorita, caballero, niño, de casa, de mañana, de verano, de invierno, de vestir, de paseo, de lujo, de luto, de boda, de iglesia, de bolsillo, de viaje, de jardín...

La situación de España con respecto al abanico, resulta un tanto singular; desde la edad media tenemos referencias de su uso y se citan en siglos posteriores noticias de damas y caballeros que los utilizaban, así como nombres de abaniqueros, pintores de países e incluso peticiones para constituir un gremio.

Una de las primeras noticias se encuentra en la “*Crónica*” de Pedro IV de Aragón, donde se cita entre los diferentes oficios desempeñados por nobles al servicio del rey a “*el que lleva el trinchante, el que lleva el abanico*”.

Sin embargo no se puede confirmar hasta el siglo XIX la plena conformación del sector abaniquero español, cuando fabricantes franceses sitúan en Valencia talleres para el montaje de piezas importadas de Francia, significando el punto de arranque que llevaría a España a convertirse con el tiempo en uno de los primeros productores de Occidente. Alrededor de una cuarentena de talleres de fabricación se establecen en ciudades como Madrid, Barcelona y sobre todo Valencia que se convertirá en el centro del sector nacional.

En la fabricación de un abanico, se dan una serie de operaciones que van desde las puramente artísticas, realizadas por pintores, escultores, grabadores y orfebres que decoran las varillas, que pueden ser de marfil, nácar, madera, metal, etc., hasta las más artesanales, como el corte de las varitas, pegado y plegado de las telas o vitelas, requiriéndose una ejecución y técnica perfectas.

Las distintas fases de elaboración pueden hacerse en talleres independientes. La primera operación consiste en el corte de las varillas utilizando para el mismo una sierra muy fina y un patrón, luego se pulen, se lijan y se afilan. Con pequeñas sierras o punzones se hace el calado, tallado o repujado de las mismas según el diseño previsto. La parte de las varillas que se cala y adorna y que va desde el clavito hasta la tela o papel se llama "puente". La porción de varilla que va normalmente recubierta por el país es la "guía", afilar ésta con el fin de no abultar entre las telas constituye un trabajo muy delicado. Las dos varillas más grandes y que cierran el paquete de las mismas, recibe el nombre de "palas", "padrones", "caberas" o "varillas maestras". Tarea importante es la pintura, policromía y dorado del abanico. Después se lleva a cabo el montaje de las varillas, perforando su parte inferior o "boleta" y colocando un clavito que las sujeta y permite el desplegado del mismo. Realizado ya el armazón, resta la colocación de la tela que recibe el nombre de "país"; éste puede ser de vitela, papel pintado o grabado, encaje, tela pintada o bordada, etc. Normalmente el país es doble, quedando las guías ocultas entre los dos países que constituyen el anverso y reverso del abanico, estando estos decorados con temas mitológicos, bíblicos, históricos, florales, escenas galantes, etc., según el gusto o pautas del momento.

El limitado sector español de fabricación no alcanzó a cubrir la importante y creciente demanda nacional a lo largo del siglo XIX, recurriéndose a la

importación de abanicos foráneos; países como Francia, América, Inglaterra, Japón o China exportarán a tierras españolas.

De China es el abanico aquí representado, realizado para su comercialización en el exterior y denominado “de las mil caras”. Consta de las dos palas correspondientes y de un total de 18 varillas de doble cuerpo que le permite una apertura de 180°. Dos estrechos países representan escenas cortesanas de gusto mandarín. La narración se desenvuelve con igual protagonismo tanto en el anverso como en el reverso, y de manera escalonada. Poblado con una multitud de personajes, en variadas actitudes propias de la vida cotidiana, dentro de estancias abiertas a paisajes que muestran referencias arquitectónicas de módulos geométricos, integrados plenamente en la composición. La pintura, realizada a mano sobre papel, muestra un delicado dibujo de minucioso detallismo, con vivas y brillantes tonalidades, subrayando la extraordinaria originalidad de las pequeñas cabezas de las figuras, realizadas en marfil, y también la aplicación de telas en las vestimentas. Orlado por ribete de motivos geométricos y vegetales. Varillas y palas de plata en su color y sobredorada, estilizadas filigranas con aplicaciones de motivos florales formados por esmaltes azules y verdes. Clavillo reforzado por anillo de metal y remate de doble borla de hilos.

La pieza se guarda en una caja rectangular, lacada, con escena chinesca sobre la cubierta y tema floral en los lados, resaltando la tonalidad dorada sobre el fondo negro.

Una de las curiosidades que aportó la cultura hispana, fue el verdadero código de lenguaje, lleno de coquetería y complicidad. La dama se comunicaba libremente con el abanico en una época en la que la libertad de expresión de las mujeres estaba coartada por un severo sistema represivo. El movimiento del mismo podía expresar los sentimientos amorosos, el enfado, la negativa, la promesa, la amenaza o el perdón.

El abanico llegó a constituir un elemento indispensable en la indumentaria femenina tal y como reflejan pintores y escritores costumbristas, haciendo que la imagen de la mujer española o latinoamericana quedase vinculada sin remisión a su expresivo abanico.